

Hariet Quint  
Departamento de Estudios Literarios  
Universidad de Guadalajara  
México

Calaveras de azúcar y zempasúchil: el día de muertos en México.

*Sólo una vez perecemos,  
sólo una vez aquí en la tierra.*

*Nezahualcóyotl*

El primer año que estuve en México –debo decir que nací en Rumania y hace veinticinco años me naturalicé mexicana- me quedé consternada cuando, el día de muertos, me regalaron una calavera blanca de azúcar que tenía escrito en la frente mi nombre con letras rojas. Estuve tan abatida, que por poco lloro. Con mi mentalidad todavía tan europea, lo primero que se me vino a la mente fue, que esta persona deseaba mi muerte, pero además se mostraba tan cínica, que se torcía de risa al ver la expresión despavorida en mi cara.

Desde entonces siempre he tenido curiosidad por averiguar más sobre esta costumbre tan peculiar de festejar el día de muertos aquí en México. Y desde luego, mi pregunta inicial fue: ¿por qué este tono festivo y burlesco al tratar la muerte?, matiz que era tan desconocido para mí, aunque provengo también de una tradición católica. Recuerdo de mi infancia que este día mis padres no nos permitían ni siquiera escuchar música, en dado caso clásica – Beethoven o Bach- y mucho menos reírnos o andar alegres por la casa. Había que guardar luto por los familiares fallecidos. Mi madre solía ir temprano en la mañana al panteón para adornar las tumbas con ramas verdes de pino y crisantemos blancos, y en la tarde –anohecía temprano el 1. de noviembre- íbamos toda la familia para encender la multitud de velas delgadas y blancas colocadas alrededor de la tumba. La vista del cementerio era muy bonita, todas las tumbas eran iluminadas, y los primeros copos de

nieve, que a veces caían en estas fechas, magnificaban el brillo blanco de la luz. En el camino hacia la casa, pasábamos por un panteón donde estaban enterrados soldados alemanes fallecidos en la primera guerra mundial y recuerdo, que siempre guardábamos algunas velas para encenderles, aunque sea a algunos de ellos, una luz.

Me pregunté, entonces, si este tono alegre y burlón, era a caso aquí en México - donde la gran mayoría de la población es católica- una herencia de las culturas prehispánicas. Y me di cuenta que no. La fiesta de los muertos era para los prehispánicos vinculada al calendario agrícola. Después de largos meses de escasez, cuando en agosto se cosechaban los primeros frutos de la tierra, los muertos eran convidados al primer gran banquete de los vivos.

#### *La muerte en la cultura prehispánica*

En la cultura náhuatl se considera que el destino del hombre era el de perecer, como lo expresa metafóricamente Nezahualcóyotl (1402 – 1472) rey y poeta azteca: “Como una pintura nos iremos borrando, / como una flor / hemos de secarnos / sobre la tierra, / cual ropaje de plumas / del quetzal, del zacuán, / del azulejo, iremos pereciendo. / Iremos a su casa” (Nezahualcóyotl, 1993: 204).

Los aztecas se consideraban soldados del Sol y sus ritos contribuían a fortalecer al Sol Tonatiuh en su combate divino contra las estrellas, símbolos del mal, de la noche y la oscuridad. Ofrecían sacrificios a sus dioses y como retribución, éstos derramaban sobre la humanidad la luz, el día y la lluvia para hacer crecer la vida.

El culto a la muerte, es uno de los elementos básicos de la religión de los antiguos mexicanos. La muerte y la vida formaban una unidad. Para los pueblos prehispánicos, la muerte no es el fin de la existencia, es el camino de transición hacia algo mejor, el mundo

de los dioses. Dice Nezahualcōyotl: “Mañana o pasado, / como lo quiera el corazón / de aquel por quien todo vive, / nos hemos de ir a su casa” (Nezahualcōyotl, 1993: 199).

La vida y la muerte son complementarios, no se pueden entender la una sin la otra e incorporan la lucha eterna entre la noche y el día. Esta dualidad está representada a través de dos dioses: el primero, Tezcatlipoca (Anexo 1), la sombra, el inframundo simbolizado por calaveras, pero que a la vez significaba fertilidad y esperanza de renacimiento y no terror; y el segundo, Quetzalcoatl (Anexo 2), personificando la luz:

El lado norte del universo se identificaba con el Mictlán, región de los descarnados y se llama Mictlampa, rumbo de los muertos. Se asocia con el color negro, con el glifo Técpatl o cuchillo de sacrificio y lo preside el Tezcatlipoca negro. El norte es una región árida por donde soplan los vientos fríos. Tezcatlipoca es dios patrono de guerreros y príncipes; dios del frío que representa el cielo nocturno. Es un dios providencial que tiene el don de la ubicuidad. Su atributo principal es el espejo que humea; su disfraz es el tigre y su emblema un cuchillo de obsidiana, que representa el viento negro. Tezcatlipoca es, junto con Quetzalcoatl, creador del mundo. (Página suplementaria, Museo del Templo Mayor, 1997).

El dios creador de la humanidad representaba a la dualidad por naturaleza. Mitad aire y mitad tierra, la serpiente emplumada era una de las deidades prehispánicas más importantes, protagonista principal de muchos de los grandes mitos mesoamericanos y su culto es muy antiguo. Quetzalcóatl tenía diferentes advocaciones: Venus matutino, llamado Tlahuizcalpantecuhtli; Xólotl, el "Gemelo Precioso", Venus vespertino; y Ehécatl, dios del Viento. El culto a Quetzalcóatl llegó hasta la zona maya, donde se le conoce como Kukulcán. Entre sus atributos más importantes se encuentra el corte de caracol, utilizado ya sea como pectoral, orejeras o adorno en alguna otra parte sus atavíos. Como dios del Viento lleva una máscara en forma de pico de ave, con la que producía el viento. (Página suplementaria, Museo del Templo Mayor, 1997).

### *Los altares de muertos*

El día de muertos en la cultura prehispánica tenía una gran importancia social y cultural, era la celebración de la memoria, del recuerdo que vencía el olvido. El día de su conmemoración, los muertos regresaban a la tierra y compartían con los vivos la comida para fortalecer sus espíritus y seguir por su camino. Por eso se construían altares con ofrendas. Hoy en día esta costumbre prevalece, dentro de su abundante simbología encontramos, evidentemente, elementos del cristianismo como el agua bendita y la cruz.

En los altares se pone comida, golosinas y bebidas, de acuerdo a los gustos del muerto al que se dedica, para que, cuando venga a visitar a sus familiares, comparta el banquete, y se vaya contento. Un altar de muertos se adorna con colorido papel de china (simbolizando el aire), veladoras (simbolizando el fuego) y flores de Zempasúchil. Generalmente dominan los colores, morado, verde, amarillo y naranja.

El altar se estructura en diversos niveles. En el nivel superior al centro es usual colocar una fotografía del difunto al que se dedica el altar. En el nivel intermedio suele ponerse comida, la bebida favorita del muerto y cosas que le gustaban. En la parte inferior, además de leña, carbón, un brasero o tres piedras empleadas para formar un fogón, se coloca agua y una cruz de ceniza (simbolizando la tierra).

Lo que consumen o llevan los muertos son los olores y sabores de las comidas, no la sustancia física, porque las almas no tienen cuerpo; por eso es importante ofrendar alimentos muy condimentados y servirlos muy calientes para que suban los vapores. Los nahuas también explican que las flamas de las velas, el incienso de copal y las flores perfumadas guían a las almas hasta la ofrenda. Un altar puede llegar a tener una gran variedad de comida, además de grandes manojos de flores, muchas velas y montones de fruta, pan y tamales. Una ofrenda grande es motivo de orgullo y es especialmente apreciada porque es un monumento a las relaciones sociales. Estas ofrendas son visualmente llamativas, y en este sentido son obras de arte efímeras, construidas colectivamente por los miembros del grupo doméstico y su red social extendida.

Estas ideas son importantes para la identidad nahua, como podemos apreciar en la elaboración cultural tan significativa sobre las ofrendas para los muertos. Los nahuas explican que las almas que no reciben alimentos se entristecen y lloran, se lamentan y dicen: “Ya se olvidaron de mí”, “ya no me quieren mis hijos”, “ya no me respeta mi gente”.

Con el tiempo, estas almas se debilitan y, por fin, desesperadas, empiezan a buscar sustento en otro lugar; andan cada vez más lejos, y poco a poco se alejan hasta perderse. Las almas descuidadas dan a conocer a todas las entidades poderosas que “su gente” las ha olvidado, que sus hijos no “recuerdan” lo que les dieron durante sus vidas y no reconocen el trabajo que hacen ahora; entonces, la milpa ya no rinde, los negocios no prosperan y los hijos son pocos y enfermizos. De alguna forma, los nahuas son conscientes de que realizar las actividades rituales reproduce su grupo cultural a través de la historia. Esta imagen tan poderosa que guardan, la de los muertos olvidados, llorando, que andan cada vez más lejos, refleja una sabiduría ancestral: el destino de un pueblo que ya no respeta ni recuerda a los que vivieron antes y trabajaron para ellos, lleva a la disolución social. En cambio, el trabajo conjunto de los muertos y los vivos crea un grupo social próspero y asegura la continuidad en el presente y hacia el futuro.

*El lado jocoso de la muerte*

El festejo tan peculiar del día de los muertos en México es, sin duda alguna, el resultado del sincretismo de dos religiones: la prehispánica y la española, arraigado en la tradición popular. Los antiguos dioses de los aztecas no fueron sustituidos por los santos católicos, sino literalmente fusionados. Por ejemplo, la Virgen de Guadalupe es conocida también como Tonantzin que según Fray Bernardino de Sahagún, significa “nuestra madre”. En el hermosísimo poema “Nican mopohua” en el que se relata la aparición de la Virgen de Guadalupe, ésta se presenta al indio Juan Diego, así:

en verdad soy yo / la en todo siempre doncella, / Santa María, / su madrecita de él, Dios verdadero, /  
Dador de la vida, Ipalnemohuani, / Inventor de la gente, Teyocoyani, / Dueño del cerca y del junto,

Tloque Nahuaque, / Dueño de los cielos, Ilhuicahua, / Dueño de la superficie terrestre, Tlalticpaque” (León-Portilla, 2001: 101-102).

Pero además de este sincretismo religioso en el que los elementos prehispánicos y los católicos se combinan y conviven en armonía - a pesar de la aparente dualidad, pagano versus sagrado- hay otro componente que destaca en el festejo del día de los muertos: la burla.

Hay quienes dicen, que el mexicano se burla de la muerte, porque la vida no vale nada. La misma canción popular de José Alfredo Jiménez, suena así: “No vale nada la vida / la vida no vale nada. / Comienza siempre llorando / y así llorando se acaba. / Por eso es que en ese mundo / la vida no vale nada.” Octavio Paz habla también de la “indiferencia del mexicano ante la muerte” que “se nutre de su indiferencia ante la vida” (1993: 63). Podría ser, pero yo más bien creo que, de algo que no vale nada, no vale la pena burlarse.

El Diccionario de la Real Academia Española define la palabra “burla” de la siguiente manera: “acción, ademán o palabras con que se procura poner en ridículo a alguien o a algo”. Al ridiculizar se transgrede un orden jerárquico establecido, se baja, en este caso el concepto de la muerte, de su esfera intangible en la que flota. Si la muerte en ambas tradiciones religiosas es concebida como algo sacro, algo que merece respeto y además asegura la continuidad de una nación, en la cultura popular, al ser ridiculizada, se convierte en algo palpable, humano, porque se baja de un plano abstracto a uno concreto. La transgresión se lleva a cabo en un nivel vertical con la intención de minimizar la solemnidad y seriedad del concepto de la muerte que permite establecer una nueva relación de igualdad. Me parece entonces que, este aspecto burlesco con el que se trata a la muerte en México, no se debe tanto a que el mexicano la considere sin valor al igual que a la vida,

sino más bien que a través de la burla, la muerte se vuelve humana, permite el trato de tú a tú.

De este modo, en México, además de los altares, que son una verdadera muestra de hospitalidad de los vivos hacia los muertos, hay varias manifestaciones que conllevan este matiz burlesco. A la muerte, por ejemplo, le dicen: la calaca, la huesuda, la dentona, la flaca, la parca o la pelona. Al hecho de morir: petatearse, estirar la pata, pelarse.

En estas fechas se componen versos chistosos en octosílabos tanto sobre la muerte, como sobre los vivos, llamados calaveras. Por ejemplo: “La calavera valiente / hoy acaba de llegar. / Todos quítense el sombrero / que así la deben de mirar”. O “Estaba la muerte un día / sentada en un arenal / comiendo tortilla fría / pa’ ver si podía engordar.”

Las calaveras de azúcar, son los tradicionales dulces elaborados con azúcar, claras de huevo, agua, jugo de limón y crema de leche agria, con un nombre propio en la frente, que se ponen en los altares o se entregan como regalo. El azúcar representa el lado dulce de la vida y la calavera el lado triste. Aunque los prehispánicos no conocían las calaveras de azúcar, para ellos la calavera representaba el inframundo, el reino de Tezcatlipoca.

Pero la calavera más famosa, que actualmente adorna todos los altares de muertos, es un grabado de José Guadalupe Posadas: “la catrina”, que representa la calavera de una mujer adornada con un sombrero (Anexo 3). “Posada recoge una parte de la herencia prehispánica, captando la vida como un sueño y la muerte como una prolongación de ella” (Sánchez González, 2006: 29). “Sólo venimos a dormir, / sólo venimos a soñar: / ¡No es verdad, no es verdad / que venimos a vivir en la tierra!” dicen los versos de un poema náhuatl. Las calaveras de Posada bailan, se divierten (Anexos 4 y 5) y participan alegremente en la vida diaria. Con ellas, el artista retrata la realidad política y social del país. “La muerte no es inmóvil ni pertenece tan sólo a otro mundo, pues se encuentra

presente en el quehacer cotidiano de esta vida” (Sánchez González, 2006: 29). Ante la muerte todos somos iguales. Tanto ricos como pobres nos convertimos en un montón de huesos, y esta jugarreta de la vida, ya es un buen motivo para reírnos.

Desde el mes de octubre en Guadalajara se pone un mercado ambulante en el que se venden un sin fin de cosas divertidas y humorísticas que sirven para adornar los altares, como el papel de china artísticamente recortado y en diversos colores, calaveras de azúcar de distintos tamaños y juguetes de diferente índole (Anexos 6 y 7). Uno de los juguetes favoritos y más divertidos, es una caja pequeña. Cuando se jala de un hilo sale disparado un esqueleto.

Este modo tan íntimo, humano y fraternal de tratar a la muerte aquí en México, es parte de una tradición popular. El sincretismo cultural ha creado un nuevo lenguaje, un lenguaje extra oficial religioso, en el que la solemnidad es contrarestanda con el buen humor. La burla en este caso tiene un matiz muy especial, no es desprecio y tampoco es sarcasmo, es simplemente una burla que desata una risa infantil sobre algo que es demasiado serio, para ser tomado en serio. Como cuando ante una desgracia, para no llorar nos reímos.

Bien decía Paz:

Para el habitante de Nueva York, París o Londres, la muerte es la palabra que jamás se pronuncia porque quema los labios. El mexicano, en cambio, la frecuenta, la burla, la acaricia, duerme con ella, la festeja, es uno de sus juguetes favoritos y su amor más permanente. Ciertamente, en su actitud hay quizás tanto miedo como en la de los otros; mas al menos no se esconde; la contempla cara a cara con impaciencia, desdén o ironía: “si me han de matar mañana, que me maten de una vez” (Paz, 1993: 63).

Y cuando hablo de este tema, de la visión popular mexicana sobre la muerte, es imposible no recordar un incidente que me pasó hace unos años en Skövde, Suecia. Mi compañero Luis Medina y yo montamos un altar de muertos en la casa de cultura de la localidad, en el marco de una semana cultural de México. Al terminar el trabajo estábamos muy orgullosos.



Como yo había llegado a Suecia unos días antes, me traje de México los aditamentos originales, por decirlo así. Había calaveras con los nombres de toda la junta directiva de la Universidad de Skövde, papel de china de diversos colores, pan de muerto que había hecho con esmero Anne Marie Svenson, directora de la Cátedra de Estudios sobre México, esqueletos pintados en cartón, veladoras y flores de zempasúchil. Le pedimos, entonces, a una transeúnte que nos sacara una fotografía con nuestra obra de arte. Su respuesta fue rotunda: “No”. Siguió su camino con cierto rechazo en la mirada. Luis y yo soltamos la risa estupefactos. En una sociedad ajena a la mexicana, es difícil entender esta costumbre, me dije yo, recordando mi desconcierto cuando hace años me regalaron una calavera con mi nombre, o ¿será que la fragancia penetrante de las flores de zempasúchil, sólo incita a los muertos, y no a los vivos?

## Bibliografía:

- Códice Borgia (1997). Tezcatlipoca. Museo del Templo Mayor. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, (URL: <http://archaeology.asu.edu/tm/pages/mtm21A.htm>)
- Página suplementaria, Museo del Templo Mayor (1997). México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, (URL: <http://archaeology.asu.edu/tm/pages/mtm21A.htm>)
- Códice Borbónico (1997) Quetzalcoatl. Museo del Templo Mayor. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, (URL: <http://archaeology.asu.edu/tm/pages/mtm38B.htm>)
- León-Portilla, M. (2001) *Tonantzin Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el "Nican mopohua*, México: El Colegio Nacional, Fondo de Cultura Económica.
- Nezahualcóyotl (1993) Como una pintura nos iremos borrando. José Luis Martínez, *Nezahualcóyotl, vida y obra*. México: Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Americana.
- Paz, O. (1993) *El laberinto de la soledad*, 2ª ed., México: Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez González, A. (2006) *José Guadalupe Posada, un artista en blanco y negro*, México: Consejo Nacional para la cultura y las artes.

